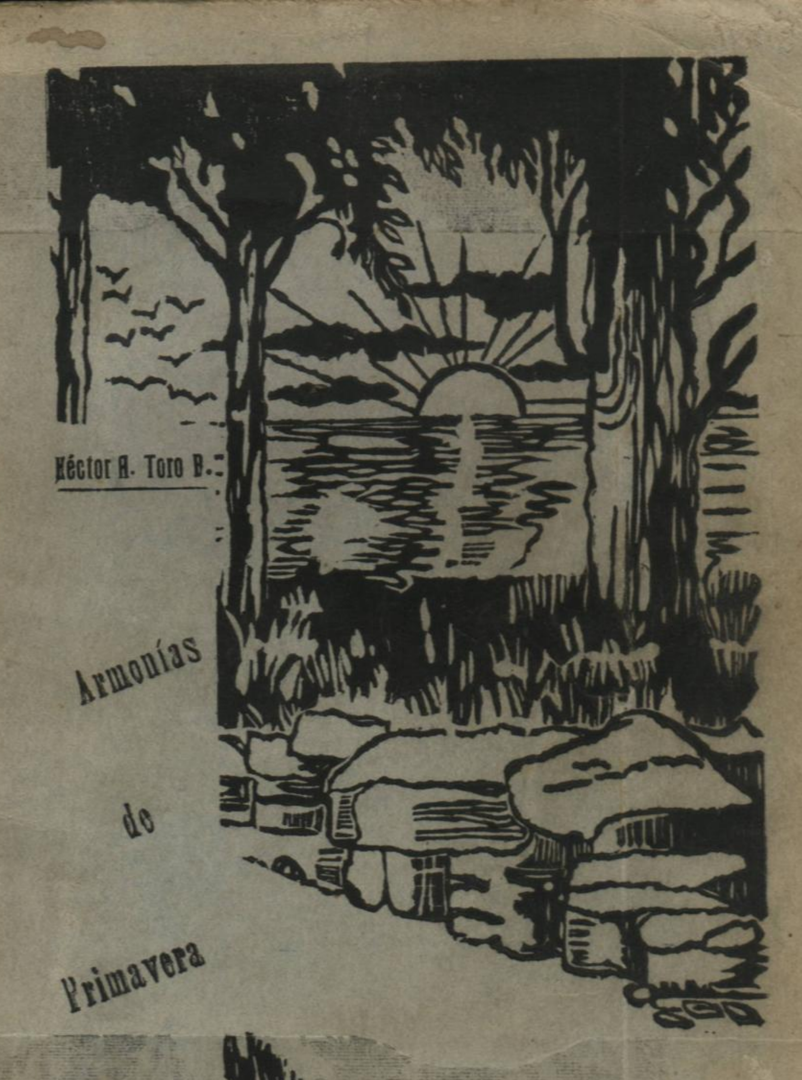
Héctor A. Toro B.

Armonías de Primavera



Imp. Municipal
Zaruma.

HECTOR A. TORO B.

Armonías

de

Primavera

1935

Obras del Autor:

ARMONIAS DE PRIMAVERA
(POEMAS)

EN PREPARACION:

FUENTE CANTARINA
(POEMAS)

P R E L U D I O

Al llegar a la curvatura de mis veinte años y en el humilde murmurar de las aguas cristalinas de la fuente, expiró, como un cisne blanco, todo el romanticismo de otras horas... que embriagaron a mi primera adolescencia.

La realidad tangible había roto los cristales de una suprema emoción y toda mi leyenda de oro quedaba aprisionada, tan sólo, en la evocación de un recuerdo. Pero hoy, ante la reminiscencia de auroras inefables, ante el Arte y la Belleza que guardan las páginas de este libro, obra primigenia del inspirado poeta orense don Héctor Toro B., voy a abrir, con la unción de un espíritu enfermo y atormentado, el ánfora de mi silencio...

Cual si buscara los pétalos caídos sobre las manos tempraneras de la nieve, el autor de ARMONIAS DE PRIMAVERA ha dejado en sus versos la huella de un Amor que, tal vez, no volverá... Y en el eco tímido y arrullador de una canción, nos dice:

> "Hablarte muchas veces he querido
> de mi pasión ardiente y de mi anhelo;
> mas, otras tantas veces he temido
> hallar, para mi amor, el desconsuelo."

La primera alborada del poeta, en deliquios de luz en penitencia, es, como si dijéramos, una transmigración de ensueños: lumbre de fuegos trémulos que comienzan a clarear su senda solitaria.

En “Románticas” - el capítulo inicial de su hermoso sonetario - ha dejado sus fervores líricos, fervores de promesa y melancolía. Su juventud mañanera se ha deslizado en un sutil aleteo de esperanzas. Y la vida misma ha sido, para él, un venero inagotable de emociones íntimas.

Héctor A. Toro B., poseso de una ingenuidad perdurable, consigue consagrar a sus poemas en una estética de ricas armonías. Conocedor del rito simbolista, tributa sus plegarias a los pies de Ntra. Señora la Tristeza y en un éxtasis de póstumo homenaje, sus versos tienen el suave ulular de brisas inquietas.

Con santa y poética resignación, canta aquel entonces que floreció en Primavera. Y al rayar de nuevos días, su canto es un ruego de piadosas añoranzas.

*

*   *

Pasan los años. Las notas de su lira se tornan más evocativas y cual en un salmo de avemarías, exclama:

“Yo la quiero, Señor, porque Ella es buena,
porque Ella sabe iluminar mi vida;
yo la quiero, Señor, porque mi pena
sabe curar, así como mi herida.”

En cada una de sus estrofas vibra la sonrisa de Ella, el dulce cascabeleo de sus labios. Pero ¿quién es Ella? Quizás, una amada lejana o desconocida, una diosa semidesnuda que, en lírica penumbra, fascina a las pupilas del poeta. El amor primero que, para todos los poetas, es un arrobo de místicas anunciaciones; porque todos los poetas amaron un día, soñaron con la desconocida que nunca vendrá y que, cuando llega, es algo como una interrogación.

No hay agotamiento en sus versos; porque todos ellos son nuevas sinfonías. Espíritu delicado, sensible y vivamente emocional, encuentra a los surtidores de su inspiración en el Arte y sólo en el Arte.

El influjo del neoromanticismo que, un tiempo, fue la “torrente afónica de Pascua”, ha contribuido en buena parte la iniciación literaria del poeta Toro. En amplio miraje de imaginación especulativa, crea un original fantasmagoría y, así, sus versos se desbordan cual si fueran armoniosas cascadas de emoción.

Leyenda de antiguos madrigales son sus sonetos. En todos y en cada uno de ellos hay la ternura de una

voz romántica. Artífice de ensueños, ha penetrado en los arcanos de mirífica luz y descubre que:

> “Todo tranquilo está, todo reposa
> en medio de las sombras y el misterio
> y hay una paz tan honda y angustiosa,
> como en la soledad de un cementerio.”

Feliz en el manejo de la metáfora, no abusa de ella y mejor deja a su inspiración en un pleno desenvolverse de sinceridad.

Mas, de pronto, le hiere el dolor; se embriaga de alegrías y en contraste prodigioso, en el continuo devenir de la luz y la sombra, retorna hacia un profundo filosofar de la vida. Y, en vigilia de espera, se entrega a consideraciones sobre la mísera existencia del peregrino; piensa que el hombre debe ser el “altivo cóndor que a las alturas se remonta”; que “el vate es el artífice del Arte, Señor de la divina Poesía”.

En magníficos y bien trazados sonetos, toma al río, y al arroyo, y al plátano, y a la palmera, entre sus manos, para consagrarlos en un gran elogio de preludios.

Y luego, en un bello exceso de espontaneidad, y habiendo sido estrujado su corazón por las manos frívolas de Sándalo, entona su poesía la canción milagrosa de la madre; prende, otra vez, el cirio del

dolor y los ecos de las viejas campanas tocan un himno de renunciaciones...

Cierra su hermoso breviario de poemas con estrofas de género épico. Su canto “A Sucre”, así como a “Juan Montalvo” y “Eloy Alfaro”, patentizan la labor literaria del joven intelectual y distinguido periodista Héctor A. Toro B.

*

*   *

…Y en su última página, en el mármol blanquísimo de su poemario, se han exhumado las errancias de mi ayer lejano. La tarde, con una timidez de luz infinita, ha llegado huraña a las penumbras de mi juventud.

Iba a callar. Mas, quiero que mi voz sea la anunciadora del triunfo que, en mérito, le corresponde al autor del libro: ARMONIAS DE PRIMAVERA.

Rota el ánfora de mi silencio, volverán en remota caravana las notas que musicalaron a mi prematura adolescencia...

Jaime Sánchez Andrade

Quito - Ecuador

San Lorenzo, Esmeraldas, a 28 de febrero de 1935

Señor
Héctor A. Toro B.
Zaruma

Muy distinguido amigo:

No he querido dilatar un solo minuto en dar respuesta a su última carta, después de haber leído los originales de su ARMONIAS DE PRIMAVERA.

Yo no soy crítico.

Nunca he tratado de serlo.

Pero como cualquier persona tengo derecho de opinar.

Por eso le diré llanamente:

A través de sus poemas se ve en Ud. un alma sencilla de verdadero poeta sin complicaciones metafísicas.

Fluidez.

Espontaneidad.

He ahí sus cualidades dominantes.

El tema erótico es sólo un motivo de juventud.

El paisaje, la Naturaleza, el grito terrígeno lo principian a conquistar. Y seguro estoy que Ud. espigará con éxito rotundo en este último filón cuando la lija del artífice se detenga más en sus poemas.

Por el momento, con este puñado de rimas suyas que piensa dar a la luz, y que anticipadamente me ha hecho el obsequio de conocerlas, Ud. ha medido un buen yardaje hacia el camino del Parnaso.

Todo esfuerzo merece un aplauso. Y Ud. ha hecho algo más de un esfuerzo.

Mis felicitaciones cordiales.

Arcelio Ramírez

A L L E C T O R

Aquí tenéis un libro. Es un manojo de versos claros, sencillos, que, cual chorritos de agua, han brotado, espontáneamente, de los surtidores de mi alma.

No los publico porque crea que, merced a ellos, pudiera volar mi nombre en alas del Pegaso de la Fama. ¡Nada de eso! Muéveme a ello, sencillamente, el deseo de ver reunidos en un volumen muchos de los poemas que he publicado en distintos órganos de la prensa, así como algunas más de los que conservo inéditos en los cajones de mi escritorio.

Y si algún honor cabe que yo reclame, éste no puede ni debe ser otro que el de ser yo el primer zarumeño que da a la publicidad un libro de versos.

Por lo demás, excusado está deciros que en este puñado de rimas encontraréis, seguramente, muchos errores; muy naturales, desde luego, en quien como yo se inicia en estas difíciles tareas, ya que ni los mismos Maestros de la Literatura han podido escaparse de caer en graves faltas, muchas veces. Por lo mismo, espero que me sepáis absolver de toda culpa.

Ahora, sólo réstame agradeceros vuestra benevolencia al dedicar parte de vuestro precioso tiempo a leer las humildes composiciones de este

poemario, nacidas, buena parte de ellas, al calor del cariño que ha sabido inspirarme la musa de mi amor, a quien he querido dedicarle la primera parte de este libro, que sinceramente anhelo sea de todo vuestro agrado.

EL AUTOR.



Héctor A. Toro B. 1935


ROMANTICAS

DEDICATORIA

Este manojo de versos
fresco manojo de flores,
pedazos de mis ensueños,
arrullos de mis amores,

entusiasmado os dedico,
oh florecita risueña,
oh morenita soñada,
de mi cariño la dueña.

MIS ARMONIAS

Un pajarito cantor, todos los días,
deshoja, en lo recóndito de mi alma,
la flor de sus mejores melodías
de ternura, de amor, de paz, de calma.

Y son esas sonoras melodías
de ternura, de amor y de contento,
que brotan de mi lira en armonías
que saben del azul del sentimiento.

TEMOR

Hablarte muchas veces he querido
de mi pasión ardiente y de mi anhelo;
mas, otras tantas veces he temido
hallar, para mi amor, el desconsuelo;

el desconsuelo amargo del desprecio
o el martirio de ser pronto olvidado,
por eso he preferido, como un necio,
permanecer hermético, callado.

Mi temor olvidando y mi recelo,
¡cuántas veces hablarte he pretendido!
en mis momentos de celeste calma.

Mas, inútil ha sido todo anhelo;
pues cobarde en el pecho ha fenecido
la dulce voz de la pasión de mi alma.

Apagar otras veces he querido
el fuego de este amor que me consume,
no sentir su calor me ha parecido
mejor que su dulzura y su perfume.

Mas, borrar de mi mente tu memoria,
olvidar tus encantos y belleza
y renunciar a la soñada gloria
de ser tu dueño, ¡oh cándida Princesa!;

Del cariño cegar la dulce fuente,
la muerte preferir y no la vida,
las flores arrancar del corazón,

Me ha parecido, ¡oh virgen inocente!
que en el playón inmenso de la Vida
es crimen ¡ay! sin nombre y sin perdón.

Por eso, de mi amor en el delirio,
de mi pasión inmensa en el exceso,
no pudiendo sufrir el cruel martirio
de vivir del Temor esclavo y preso,

hoy me acerco, mujer idolatrada,
en actitud de ofrenda, reverente,
a decirte que tú –flor perfumada–
eres la llama de mi amor ardiente.

Que el encanto del sol de tu belleza
y el rojo de tus labios tentadores
han robado la paz del alma mía;

Que en mis negros momentos de tristeza,
cuando evoco tus ojos seductores,
brilla en mi alma la luz de la alegría.

OFRENDA

Las flores nos ofrecen su hermosura,
en el campo, en la selva, en el jardín,
y las aves la miel de su ternura
en sus sentidas notas de violín.

El astro rey nos brinda sus fulgores
y la luna sus diáfanas sonrisas,
el cielo sus poéticos colores
y la tarde sus galas y sus brisas.

Yo también, virgencita bella y pura,
ofrézcote la miel de mi ternura
y el fuego pasional de mis amores;

Yo también, ¡oh mujer hecha de aromas!,
ofrézcote las rosas y las pomas
de mis áureos jardines interiores.

AMO TUS OJOS

Por vivaces, por bellos, por hermosos,
amo tus ojos negros y divinos,
y porque, como el sol, son luminosos,
y como los puñales, asesinos.

Los amo porque tienen el encanto
de las amenas tardes otoñales,
y porque cuando en ellos brota el llanto
hay más diafanidad en sus cristales.

Los amo porque tienen la dulzura
de la sabrosa miel de los panales,
y porque en ellos el candor fulgura
de tu alma de fulgores celestiales.

¡Oh tus ojos divinos, ideales,
que en mi cielo son astros siderales!

UNA VEZ...

Una vez quiso Dios hacer un ángel
más bello que la bella luz febea,
más dulce que la rica miel hiblea,
y más puro que el alma de un arcángel.

Y para su ideal cristalizar
en bella realidad casta y risueña,
al instante se puso –dulce dueña–
con sin igual afán a trabajar.

Y reuniendo la lumbre de la Aurora,
la dulzura divina del Amor
y el encanto inmortal de la Virtud;

Forjándose en su mente creadora
un ángel sin igual, –dijo el Señor:
¡Hágase el ángel! y... ¡naciste tú!

¿D U D A S?

Tú no debes dudar, mujer querida,
del amor que por ti mi pecho siente,
pues en mi corazón siempre encendida
está la llama de ese amor ardiente.

Tu recuerdo, que añoro con empeño,
no se aparta de mí ni un solo instante;
ni se borra tu imagen –flor de ensueño–
de mi florido corazón amante.

Yo te quiero, mujer, con un amor
más puro que el perfume de las frondas
y que la clara luz que el sol derrama...

Yo te adoro, mi Bien, con un amor
más tierno que el trinar de las alondras
y más intenso que la viva llama.

AMEMONOS

Amémonos, mujer, con un amor
que tenga la dulzura de los besos,
de los astros el diáfano claror,
la locura de todos los excesos.

Amémonos, mujer, y no dejemos
que otro querer incendie nuestro cielo;
y de rodillas, ante Dios, juremos
el uno para el otro ser consuelo.

Amándonos así, como yo anhelo,
con un amor de llamas de volcán,
las estrellitas todas prenderán

sus luces diamantinas, en el cielo;
y todos los cenzontles trinarán
sus arpegios de amor y de consuelo.

¡Q U I E R E M E!

Si...! Quiéreme nomás como me quieres,
con el férvido fuego que te inflama,
que el dulce amor con que hoy tú me prefieres
talvez mañana apagará su llama.

Las flores son así. Nacen y crecen
risueñas de belleza y lozanía;
pero pronto, muy pronto se entristecen
y mueren al rielar el nuevo día.

Y por eso, mi Bien, en los excesos
de nuestro amor romántico y ardiente,
apuremos el néctar de los besos,

Para que al evocar los embelesos
de este idilio inmortal y sonriente
de placer se estremezcan nuestros huesos.

A LA BRISA

Oh brisa de la mañana,
oh brisa suave y ligera,
que de comarcas lejanas
vienes en fugaz carrera;

Oh brisa susurradora,
que al pasar por los jardines
la fragancia embriagadora
de las rosas y jazmines

te vas llevando, afanosa,
y que después, derramando
vas, placentera y gustosa,
por donde pasas volando.

Oh brisa leve y errante,
detén tu vuelo un momento,
detenlo por un instante
y oído pon muy atento:

Anda dile presurosa
con tu voz dulce de arrullo
a esa niña preciosa
que de rosa es un capullo

y que es mi luz y mi encanto,
mi esperanza y mi tesoro,
que con amor puro y santo
yo la quiero, yo la adoro.

Dile que, mi único anhelo,
es vivir juntito a ella;
viendo su cara de cielo,
viendo su cara tan bella;

bañado en la luz que brota
de sus dulces bellos ojos
libando gota a gota
la miel de sus labios rojos.

Posar también, con ardor,
mi boca sobre su frente,
y un beso darle de amor
que vibre sonoramente.

Enlazar mis cortos brazos
a su cuerpo de marfil
y darle estrechos abrazos
y darle caricias mil.

Dile, además, fresca brisa,
a ese ángel de dulzura
que me seduce y hechiza
y que en mi noche fulgura

como una pálida estrella,
que sólo vivo pensando
en su boca roja y bella
y en sus sonrisas soñando.

A S I

Nada turba el silencio funerario
ni el misterio que reina pavoroso;
todo envuelto en el fúnebre sudario
de la silente noche está en reposo.

Mas, de pronto, su luz, desde el Oriente,
envía Febo, espléndido y radiante;
huye fugaz la oscuridad doliente
y todo fulge y canta en el instante.

Así también, ¡oh mi gentil Princesa!,
en la brumosa noche de mi vida
la luz fulgió del Sol de tu Belleza...

Tuve de pronto luminoso día
y en el fondo de mi alma entristecida
trinaron el amor y la alegría.

SOÑANDO

En el salón la música ponía
en cada alma una nota de ternura,
y las flores, risueñas, esparcían
su fragancia sutil, alada y pura.

El fru frú de las cintas y la seda
del salón en los ámbitos se oía,
como se oye en la plácida arboleda
de la brisa la dulce melodía.

En la cordialidad de aquel ambiente
flotaba la dulzura y el encanto;
las parejas bailaban dulcemente
al compás de un alegre bello canto.

En la gran placidez de aquella fiesta
tu gloriosa belleza se imponía,
cual se impone el canario en la floresta
con sus trinos de amor y poesía.

ARMONIAS DE PRIMAVERA

El canto silenció; trinó la orquesta
un pasillo de amor y de ternura;
y como tú eras la reina de la fiesta
bailé contigo, ¡oh flor risueña y pura!

Al ritmo de las notas armoniosas,
mi plegaria de amor te dirigí;
y en palabras sencillas, luminosas,
me dijiste: “Mi amor es para ti”

Henchido de pasión y de embeleso,
y con el alma delirante y loca,
imprimí –¡qué dulzor!– un casto beso
en el rosal florido de tu boca.

Pero cuando a besar me disponía
otra vez tu boquita, con empeño,
llamándome la luz del nuevo día
destejió los encantos de mi sueño,
y dejóme en el alma, muy prendida,
una tristeza acerba y homicida.

R I M A S

Todos me dicen que yo estoy enfermo,
todos me dicen que yo estoy muy pálido,
que no brilla en mis ojos la alegría
ni florece en mis labios la sonrisa.

Todos me dicen que no soy como antes,
el muchacho vivaz, alegre, inquieto;
que el peso de la vida no sentía
ni los zarpazos del dolor maldito.

Todos me dicen que yo soy muy otro;
que todas las costumbres he variado;
que ahora no me atrae ningún baile
ni me gusta tampoco la lectura.

Y eso, mi dulce y casta florecilla,
muy bien lo sabes tú: es porque te quiero
con el amor más grande de la vida,
con el fuego más vivo y más intenso.

Por eso ya no pienso en otra cosa
que encontrarte a ti tan solamente,
para mirar tus ojos nazarenos
y embriagarme en la luz de tus miradas!

CUANDO PASO

Amada:
cuando paso
por la calleja sombría
mis ojos buscan ansiosos
tu faz morena y hermosa.

Si a la ventana asomada
estás, mi dulce Princesa,
alegre mi alma te envía
un beso en alas del viento.

Y si tejiendo, talvez,
te encuentras y no te veo,
cúbrese mi alma al instante
de una profunda tristeza!

SIMIL

Ayer yo puse una flor
fragante, fresca, lozana,
en un florero sin agua
y en un rincón de mi cuarto.

Mas hoy he visto a la flor
fragante, fresca y risueña,
que en el florero sin agua
ha amanecido marchita.

Sus hojas ya no derraman
ningún aroma fragante,
ni los matices conservan
ni la frescura de ayer.

Al verla muerta he pensado
que si su vida extinguióse
eso, sin duda, ocurrió,
por falta de agua y de luz.

El mismo fin correrá
nena, mi férvido amor,
si tú le niegas la luz
de tus divinas miradas
y la riquísima miel
de tus ardientes besitos.

EN TU CUMPLEAÑOS

Amada:
que la brisa traiga hoy día,
en sus alas, la esencia de las flores...
que te cante una dulce sinfonía
y que te hable de dichas y de amores.

Que el canoro turpial, los ruiseñores,
en el ameno prado, en la floresta,
deshojen para ti, flor de las flores,
los mejores acordes de su orquesta.

Que desgranen también, alegremente,
las cándidas palomas sus arrullos;
que rimen los arroyos y las fuentes
sus arpegios agrestes, sus murmullos.

Que en el jardín risueño, en los vergeles,
derramen para ti, todas las rosas,
las albas azucenas, los claveles,
sus fragancias sutiles, deliciosas.

Que tejida de rayos de oro y gualda,
envíe, muy gentil, esta mañana,
el astro sideral, una guirnalda
para ceñir tu frente soberana.

Que te brinde sus rayos la Esperanza,
que te brinde sus flores la Ilusión,
que enlazadas las dos, “en suave alianza”,
te besen dulcemente el corazón.

Que recibas los dones de los Cielos
y mensajes de dicha y amistad,
que conviertan los Hados tus anhelos
en risueña, tangible realidad.

Amada: que la Paz y la Alegría
ofrezcan para ti su mejor vino
y que encuentres desde hoy, amada mía,
tapizado de flores el camino!

MI AMOR

Es una planta robusta,
verde, florida, risueña,
que en los vergeles de mi alma
una mañana brotó.
Cuidóla con gran cariño
la seductora Ilusión
y la divina Esperanza
constantes besos le dió.
Así vivió siempre débil
hasta que el sol de tu amor
sobre sus hojas brilló;
entonces gran desarrollo
en el instante adquirió;
vistióse de hojas y ramas
y hondas raíces echó.

*

* *

Hoy la pequeña plantita
que una mañana brotó
en los vergeles de mi alma,
llena de flores está,
risueña de lozanía,
porque recibe constante
el riego de tu cariño,
de tus ternuras el soplo
y de tus ojos la luz.

CALLADAMENTE

Me pides que te piense y que te quiera,
¡oh dulce florecita de alma inquieta!,
con el fuego de un sol de primavera,
con toda mi ternura de poeta.

Y bien lo sabes tú: siempre te pienso
con la ternura de un amor inmenso;
yo te quiero, mujer, y te idolatro
con la fe del amante noble, grato,
que teniendo ya mustio el corazón
halló en ti la soñada redención!

A M O R

Amor que no fenece ni vacila,
que al venir la tormenta más bien crece;
amor que toda sombra despedaza
y, cual Febo, fulgura y resplandece;

Amor de palpitar perenne, intenso,
con mezcla de pasión y de locura;
amor como los mares, hondo, inmenso,
incendiado de anhelos y ternura;

Amor que salva abismos y peligros,
sin miedos, ni quebrantos, ni temor;
Amor fuerte, robusto, luminoso,
que sufre y no desmaya, ¡ese es Amor!

Y Amor siento por ti. Amor profundo
como el oscuro fondo de los mares;
Amor inmenso, grande, como el mundo,
y puro cual las lumbres estelares.

TU BOCA

Es un fragante nido
de besos, de ilusiones y de arrullos;
es un rosal florido
de perfumadas rosas en capullos.

Es un panal dorado
de rica miel, de plácidas dulzuras,
do mis ardientes labios han saciado
su ardiente sed de besos y ternuras!

NOCTURNO

Con la fina madeja de su luz
un ensueño feliz teje la Luna
sobre el inmenso fúnebre capuz
de esta silente noche cual ninguna.

Las estrellas, lejanas y radiantes,
-margaritas en flor de la alta esfera-
ofrendan una lluvia de diamantes
al enviar su sonrisa placentera.

¡Oh novia de mis púdicos amores,
el divino fulgor de tu mirada
he visto de la Luna en la luz pura;

Y en los dulces y líricos fulgores
de las albas estrellas, retratada
la gloria singular de tu hermosura!

YO LA QUIERO SEÑOR

Yo la quiero, Señor, porque Ella es buena,
porque Ella sabe iluminar mi vida;
yo la quiero, Señor, porque mi pena
sabe curar, así como mi herida.

Yo la quiero, Señor, porque Ella sabe
endulzar mis tristezas y pesares;
yo la quiero, Señor, porque es un ave
que me regala arrullos y cantares.

Yo la quiero, Señor, porque Ella llena
de fragantes aromas mi camino;
yo la quiero, Señor, porque es morena
y hay en sus ojos un fulgor divino.

Yo la quiero, Señor, porque es arrullo
poema, estrella, luz, canción, aroma;
yo la quiero, Señor, porque es capullo
de fresca rosa o perfumada poma.

Yo la quiero, Señor, porque Ella fue
la que curó mi corazón enfermo;
yo la quiero, Señor, porque mi fe
renació al soplo de su amor tan tierno.

Yo la quiero, Señor, porque Ella puso
en mi vida la luz, la poesía;
yo la quiero, Señor, porque compuso
de mi dolor un himno de alegría.

Yo la quiero, Señor, porque mis pasos
Ella guía a través de las tinieblas;
yo la quiero, Señor, porque pedazos
-me dice- haz las sombras y las nieblas.

Yo la quiero, Señor, porque mi lira
por Ella solamente vibra y suena;
yo la quiero, Señor, porque me inspira
todo noble ideal, toda acción buena.

Yo la quiero, Señor, porque me quiso
desde el instante que llamé a sus puertas;
yo la quiero, Señor, porque Ella hizo
reverdecer mis esperanzas muertas.

Yo la quiero, Señor, porque prefiere
sufrir y padecer por mi cariño;
yo la quiero, Señor, porque me quiere
con la celeste ingenuidad de un niño.

Yo la quiero, Señor, porque Ella es buena,
porque Ella sabe restañar mi herida;
yo la quiero, Señor, porque es morena;
yo la quiero, Señor, porque es mi vida.

PRIMER AMOR

En el yermo rosal de mis amores
una flor reventó de grato aroma,
más bella que los vívidos fulgores
del astro sideral, cuando se asoma.

Y fue esa flor mirífica y lozana,
más roja que la lumbre de la aurora,
más pura que la luz de la mañana,
más fresca que la fuente que rumora,

que yo –prolijo jardinero–
cuidé con místico fervor;
¡era la llama de mi amor primero
en regia forma de esplendente flor!

Amada:
La roja flor que en mi rosal un día
la magia de sus pétalos abrió,
esa risueña flor, amada mía,
al mirarme tus ojos reventó!


LIRICAS

A ZARUMA

Recitación para un niño

I

¡Oh Sultana gentil de mis amores,
de mi vida feliz hermosa cuna,
legendario solar de mis mayores,
más bello que los rayos de la Luna!;

¡Oh Reina que levantas tu palacio
sobre una mole de granito y oro,
coronada de un cielo de topacio
bordado de lumbreras por un coro!;

¡Oh risueña ciudad de Mercadillo,
de encanto celestial y extraño brillo,
dulce dueña de todo mi cariño,

permitid que a tus plantas hoy levante
mi voz, y tus eternas glorias cante
con mi sincero corazón de niño!

II

Las cristalinas linfas rumorosas
del fugaz Amarillo y el Calera (1)
arrullan tus ensueños de oro y rosa
con su música alada y placentera.

Y la voz de los mansos arroyuelos
que corren entre el césped y entre breñas,
nos habla de tus férvidos anhelos
cuando dormida dulcemente sueñas.

En la fragante calma de tus frondas,
los mirlos trovadores, las alondras,
riman himnos de honor a tu grandeza;

Y en el jardín florido y las barrancas,
el rosado clavel, las rosas blancas,
hablándonos están de tu belleza.

(1) Nombre de los ríos que encierran a la ciudad como en un marco de plata.

III

¡Oh ciudad señorial y legendaria,
de estilo colonial, de aspecto hispano,
que en las quiebras andinas, solitaria,
ocultas la gran clave de tu arcano!;

¡Oh Sultana de calles retorcidas
y del hondo misterio de los sueños,
en ti vivo las horas más floridas
y los días más castos y risueños!

Tú guardas para mí muchos encantos,
e inspiras mis versos y mis cantos,
hechicera Sultana de leyenda...

Por eso yo te ofrezco en este día
mi corazón, temblando de alegría,
de mi gigante amor en alta ofrenda!

AÑO NUEVO

En la honda inmensidad del horizonte
una luz aparece rutilante
que llena de claror el verde monte
desde la oscura bóveda distante.

Turba la dulce calma de la fronda
de las palomas el sentido arrullo;
mientras en la quebrada abrupta y honda
alza el parlero arroyo su murmullo.

Risueñas siempre y llenas de arrogancia,
haciendo gala de su lindo traje,
vierten las flores su sutil fragancia;

En tanto vuela hacia ellas, afanoso,
luciendo su mirífico plumaje,
un colibrí, de néctar anheloso.

Ha llegado Año Nuevo! Vibra todo
y palpita de dicha y emoción,
llénase de alegría de tal modo
que tiembla de placer el corazón.

Cuitas, penas, angustias y tristezas,
todo termina a su triunfal llegada;
¡trae consigo un mundo de promesas,
ensueños para el alma acongojada!

Vestida del ropaje de la aurora,
pletórica de aromas, la ilusión,
bella asoma con él y tentadora.

Y brinda, con sus labios impalpables,
a la rosa de cada corazón,
el néctar de sus besos inefables.

Llegó Año Nuevo! Todo está de fiesta:
las fuentes riman su canción alada,
las aves trinan entre la floresta.
Digamos todos: ¡Viva su alborada!

Cantemos llenos de entusiasmo y gozo
una canción de gloria y venturanza
por el Año que viene, bondadoso,
trayéndonos un rayo de esperanza.

De ti sean, ¡oh Niño veleidoso!,
para mí tus sonrisas siempre fieles
y el cálido fulgor de tus miradas...

En el mar de la Vida proceloso
la noche temo de las penas crueles
y del Dolor las hórridas oleadas.

YO SOY

Yo soy un triste juglar
que mi destino es cantar
los dolores de la vida,
las penas del corazón,
porque en mi pecho se anida
una cruel desilusión.

Viajero soy de la vida,
peregrino del desierto,
ave soy, ave perdida
en las playas de lo incierto.

La dicha quise encontrar
y en su búsqueda viajé,
pero sin poderla hallar
de buscarla me cansé.

Y es que esta casta doncella
es tan ingrata y esquiva
que, cuando soñamos con ella,
váse la infiel fugitiva.

Cierta vez que la creía
entre mis brazos rendida,
pensé que mi alma tendría
mucha miel para su herida.

Y en mis delirios ardientes
quise besarla en la boca,
para endulzar mis tormentos
y calmar mi fiebre loca.

Mas, ¡oh dolor!, nada hallé
que calmara mis pesares,
porque la ingrata se fue
para ignorados lugares.

Y por eso, hoy, afanoso,
voy buscando por el mundo
un remedio milagroso,
un néctar maravilloso
para mi dolor profundo.

MI VIDA

Como el embriagador grato perfume
de la lozana flor, que se consume
fugazmente;
como el arroyo de agua impetuoso
que baja por las breñas
velozmente
y que váse llevando en su corriente
los pétalos que, lleno de contento,
lanza al viento;
así mi frágil vida se desliza
muy de prisa.

Pasa el soplo funesto de las horas
mis blancas ilusiones arrastrando
y del jardín florido de mi pecho
las glaucas esperanzas arrancando.
Artero roba la sutil fragancia
de los viejos recuerdos de mi infancia,
del ensueño de gloria breve y vana
de la dulce dorada edad temprana.
Agosta mi risueña Primavera,
mi juventud florida,
y, con impulso fuerte,
de este erial tan amado de la vida,
me arroja a los arcanos de la Muerte.

¡Oh del Tiempo corriente destructora
que las flores marchitas de mis años
y que sembrando vas hora por hora
amargos desengaños,
dejad que de la pira de mi vida
arda la sacra llama
y apagar no pretendas todavía
la chispa que la inflama,
porque del Amor en los volcánicos excesos
quiero apurar la copa
y ebrio fenecer de luz, de “lágrimas y besos”!

VOLUNTAD

Soy joven, y la vida que en mi ser
palpita, con tesón, me tienta, a veces,
a levantar la copa del placer
y beber su licor hasta las heces.

Pero yo me resisto a sus empeños,
porque sé que el placer es un veneno
que mustia los semblantes más risueños
y a los hombres arrastra por el cieno.

A VECES

A veces pienso, sueño, desvarío
en la realización de un loco anhelo:
este valle de lágrimas sombrío
abandonar y remontarme al cielo.

Y marcando las huellas de mi paso
volar por el azul del firmamento,
y grabado dejar en el espacio
lo que medito, lo que sueño y siento.

Después, encaminarme velozmente
do tiene el sol su fúlgido Palacio,
y en astro convertido, de repente,
quedarme gravitando en el espacio.

Otras veces anhelo una casita
alegre y blanca, como la paloma,
que tenga la apariencia de una ermita
y la suave fragancia de la poma.

Una casa que tenga una ventana
y una puerta de entrada y de salida;
por donde llegue el sol de la mañana
a derramar el fuego de la vida.

Para vivir allí, tranquilamente,
consumiendo mis penas y dolores,
y teniendo como amigos solamente
un manojo de libros y de flores.

Otras veces compéndiase mi anhelo
en viajar a regiones misteriosas,
en la grupa del viento que en su vuelo
describe trayectorias caprichosas.

Y en estando en los mágicos jardines
de un país encantado de leyenda,
entre rosas, claveles y jazmines,
plantar una fantástica vivienda.

Y luego regresar donde mi amada
a decirle las ansias de mi anhelo,
para emprender los dos, en la alborada,
con infinito afán, el raudo vuelo.

LA VIDA

Alígera y fugaz, la Vida pasa
por la vía sin límites del Tiempo,
arrastrando en su carro silencioso
los despojos misérrimos del Mundo.

Es una bruja misteriosa y loca
que a veces ríe con afán ardiente
y a veces llora con dolor inmenso...

A unos les ofrece sus encantos,
sus perfumes, sus galas y sus flores;
a otros les ofrenda sus miserias
y el acíbar de todos los dolores.

Para unos tiene mieles, ilusiones,
y para otros tristezas, sinsabores...

Aliada de la Dicha y la Fortuna,
del Vicio, del Dolor y la Miseria,
del Amor, del Ensueño y las Virtudes,
deambula por los últimos confines.

En el hogar del pobre llora y gime,
con lágrimas acerbas y copiosas,
a veces de pesar, en otras de hambre,
de punzante dolor, tedio y angustia.

En la casa del rico se engalana
y palpita de dicha y emoción;
allí rima, deshoja sus canciones,
allí fulgura con fulgor de sol.

Al hediondo albañal de la miseria,
al abismo del vicio y del oprobio,
a las sombras del crimen y del mal,
con diabólica saña, lanza a unos;

Mientras noble, gentil y generosa,
a la luz de la dicha y de la gloria,
a la cumbre luciente de la fama,
al jardín del ensueño, lleva a otros.

Al joven le regala bellas flores:
ilusiones, quimeras, esperanzas;
y consagra para él el fuego santo
del amor, del cariño y la ternura.

Para él guarda sus únicos halagos:
los sueños, las caricias y los besos;
las flores, los arrullos y los trinos,
los paisajes, la luz, la primavera.

En cambio, para el viejo sólo tiene
la carga abrumadora de los años,
los achaques, la nieve, la tristeza,
las hieles del dolor, los desengaños.

Esto es la Vida:
Fontana de placer, cuando gozamos;
infierno de dolor, cuando sufrimos;
paraíso terreno, cuando amamos;
y muerte artificial, cuando dormimos.

LEYENDA ANTIGUA

I

Era una flor primorosa
del vergel de la existencia,
era una virgen hermosa
y se llamaba CLEMENCIA.

Por su radiante belleza
y su mirada radiante,
era llamada “PRINCESA”
por la juventud galante.

Dos claveles pasionales
eran sus labios jugosos
y sus manos dos rosales
floridos y primorosos.

Dos fulgurantes estrellas
eran sus ojos serenos
y eran dos magnolias bellas
sus castos, turgentes senos.

II

Era un joven arrogante
de aspecto noble y gallardo,
era cortés y galante
y se llamaba GERARDO.

Por nunca ser mal amigo
y saber muy noblemente
socorro dar al mendigo,
lo amaba toda la gente.

III

Era una tarde abrileña
llena de sol y de aromas.
Clemencia, alegre y risueña,
sembraba nardos y pomas.

Gerardo, con embeleso,
al pasar la contempló,
y de sus encantos, preso
su corazón se quedó.

Por el amor impulsado
iba a mirarla constante
desde un estéril collado
que no se hallaba distante.

Ella, al fin, se enamoró
del apasionado mozo,
y una tarde le entregó,
ebria de pasión y gozo,

una carta que decía:
“Amo para ti la existencia;
tu eres mi luz y alegría”
Firmado estaba: Clemencia.

Con tal pasión y locura
se llegaron a querer,
que lloraban de amargura
cuando no podíanse ver.

Sin poder ya conseguir
un sólo instante la calma
y no pudiendo vivir
sin el “encanto” de su alma,

una noche iluminada
de la luna por la luz,
fue Gerardo a la morada
de don Marcos de la Cruz,

que era el padre de Clemencia,
un viejo muy orgulloso,
que tenía la creencia
de ser un hombre valioso,

a pedirle, con vehemencia,
este favor no pequeño:
de la divina Clemencia
él ser el único dueño.

Más, como dicho he dejado,
éste era un viejo orgulloso,
al esto oír, al techado
llegó de un salto grandioso.

Ruegos, súplicas constantes,
¡ay!, nada quiso escuchar;
y, así, los pobres amantes
no pudiéronse casar.

Y, según es tradición,
desde aquel tétrico día
se le llenó el corazón
de tanta melancolía,

que Gerardo no pudiendo
resistir a su dolor,
lentamente iba muriendo
de cruel nostalgia y amor.

Cuando su vida sintió
huir veloz de sus venas,
con débil voz musitó
de amor estas frases llenas:

“Decidle a mi Dulce Anhelo
que feliz por ella muero,
que en la bóveda del cielo
de amor ardiendo la espero”.

Y... ¡ay!... un suspiro salió
de su boca ya marchita.
¡Era su alma que voló
a la región infinita!

Y cuenta toda la gente
que esta leyenda conoce
¡ay!, que Clemencia demente
en una cárcel murióse.

Que al saber la nueva cruel
de la muerte de su amante,
ella también –grata y fiel–
quiso morir al instante,

y que tomando un veneno
quiso apurarlo, afanosa,
pero que un amigo bueno
le impidió que haga tal cosa.

Que no pudiendo esto hacer
lloró su cruel desventura,
que jamás una mujer
lo hará con más amargura,

y que de llorar cansada
se durmió sobre un sofá;
más, que al venir la alborada
¡ay!, demente estaba ya.

IV

Un mes después trasladaban
un cadáver al panteón
cuatro personas ya ancianas
y de triste condición.

Era el cadáver del viejo
padre fatal de Clemencia
que de pesadumbre había
puesto FIN a su existencia.

EL POBRE

Es el mustio doliente peregrino,
viajero desgraciado de la Vida,
a quien un negro sino
en el alma le abrió mortal herida.

Es el paria fatal, es el proscrito,
que come el duro pan del ostracismo;
es el Adán maldito
impelido a rodar por el abismo.

Para él tiene sus fauces siempre abiertas
el hambriento lagarto del presidio;
para él todas las puertas
del Mal, abren sus fauces, sin fastidio.

En su cielo sin luz y sin aurora
sólo brillan las nieblas y las sombras,
y en el valle do mora
espinas sólo tiene por alfombras.

En su hogar la Miseria –fiera hiena–
aúlla como aúlla en las montañas,
y de fiereza llena
le desgarra, impiadosa, las entrañas.

En el fangoso erial de su existencia
nunca encuentra la dicha ni la calma;
sin piedad ni clemencia,
la Desgracia le hiere siempre el alma.

El no tiene quimeras ni terneza
halagos, ni alegría, ¡nada!, ¡nada!;
sólo penas, tristezas,
encuentra en esta mísera jornada.

Los fulgores del sol de la Justicia
nunca prenden para él su claridad;
su beso, su caricia,
no le brindan siquiera por piedad.

Cuando piensa, en su loco desvarío,
hallar la luz, la dicha, la esperanza,
encuentra lo sombrío,
y fulge la penumbra en lontananza.

Si del amor las puras ricas mieles
le ofrendan sus delicias y dulzor,
las decepciones crueles
no tardan en brindarle su amargor.

Así, sufriendo penas, desengaños,
este mustio y doliente peregrino,
juguete de los años,
marcha sobre las zarzas del camino.

Quiera la buena suerte que algún día
de santa paz y dicha redentora,
irradie la Alegría
en su cielo sin luz y sin aurora.

EL HOMBRE

Para Polibio Romero V.

El hombre debe ser como el altivo
cóndor, que a las alturas se remonta;
debe subir, en alas del Afán,
de la gloria a las diáfanas alturas.

Debe imitar a la gentil hormiga
que dichosa trabaja sin cesar;
¡pues grandeza y honor sólo conquista,
en la vida, el que suda trabajando!

Debe ser claro y puro como el agua,
tan fuerte como el roble de la selva,
humilde y bueno como el Buen Jesús...

Pues no debe saber de las vilezas
de la rastrera oruga y la serpiente:
¡debe ser luz, canción, aroma, flor!

EL POETA

Para el inspirado poeta, señor Enrique Paredes
Larrea, muy atenta y cordialmente.

El poeta es el dulce visionario
que aprisiona la luz del ideal,
y canta su ternura –cual canario–
en las notas de un áureo madrigal.

Allí el oro retiene de sus sueños,
el azul de sus bellas esperanzas,
el claror de sus diáfanos empeños,
el aroma gloriosa de sus ansias.

Allí vierte, desgrana la armonía
que trina en su sonoro corazón;
allí canta, deshoja su alegría
y en arpegios desborda su emoción.

Allí llora también, en tristes quenas,
–como llora en la selva el ruiseñor–
la nostalgia profunda de sus penas
y el martirio sangriento del dolor.

Es el bardo el agusto soberano
del País fabuloso de los Sueños;
él sabe los secretos del arcano
porque tiene la clave de esos sueños.

Se viste con ropaje de ilusiones,
y vive de esperanzas y quimeras,
deshojando la flor de sus canciones
y forjándose dichas placenteras.

En el pensil ameno de su mente
florecen, como rosas, las ideas,
y en su pecho romántico y ardiente
fulguran sus anhelos, como teas.

En busca de lo bello y lo ideal,
se remonta, soñando, a las alturas,
para luego cantar, en madrigal,
de esos sueños las plácidas dulzuras.

Es el vate el artífice del Arte,
Señor de la divina Poesía,
es él del Ideal portaestandarte,
intérprete feliz de la Armonía.

El poeta es el dulce visionario
que aprisiona la luz del ideal,
y deshoja sus trinos –cual canario–
en las notas de un áureo madrigal.

EL RIO

Con ímpetu furioso baja el río
entonando sus églogas extrañas,
desde el abrupto páramo sombrío,
a la plácida paz de las montañas.

Y sus diáfanas aguas temblorosas,
la Esfinge acariciando de las rocas
y ondas suaves formando rumorosas,
corren, corren alígeras y locas.

Sobre el claro cristal de la corriente
leños y hojas navegan dulcemente
a merced de las ondas veleidosas...

Mientras del astro rey brilla un reflejo
en la pálida luna de su espejo
que retrata la imagen de las cosas.

EL ARROYO

Para mi amigo muy estimado,
señor Galo Romero.

Como brota la luz del pensamiento
y la llama fulgurante de la fragua,
así brota, trinando de contento,
de la roca el arroyo manso de agua.

Y luego por las quiebras se despeña
en su anhelo infinito de correr,
contándole sus ansias a la breña,
las ansias de su amor, su padecer.

Más ésta que se muestra indiferente
a sus ardientes súplicas de amor
permanece sumida en el mutismo...

Y el venero, llorando tristemente
su nostalgia profunda y su dolor,
arrójase a las sombras del abismo.

El hombre es así: cuando en su pecho
abriga un amor insatisfecho,
loco de dolor y paroxismo,
húndese del vicio en el abismo.

EL PLATANO

Con la noble altivez y la arrogancia
del que lleva su frente sin mancilla,
levanta su triunfal aéreo tallo,
su tallo vigoroso de palmera.

En la parte más alta y prominente,
cual celeste visión de la Esperanza,
o un florecimiento de ternura,
ostenta de sus frutos el tesoro.

Es el plátano el pan sacro y divino
que en la mesa no falta del plebeyo,
del noble, del galán, ni de la dama...

Por eso, lo bendigo agradecido...
y levanto mi voz débil y humilde
para un himno entonarle de alabanza.

LA PALMERA

Altiva y orgullosa y placentera,
cual una sacra reina soberana
del encanto del sol de la mañana,
se yergue entre la selva la palmera.

Orla su frente regia y hechicera
una de cocos imperial corona,
con que su augusta majestad pregona,
altiva y orgullosa y placentera.

Al soplo de la brisa pasajera
–cual si volar tras ésta pretendiera–
bate las glaucas alas de sus hojas...

Pero en sus ansias vanas sólo alcanza
a llorar, sin consuelo ni esperanza,
su triste soledad y sus congojas.

LLUVIA

I

Esta sonante lluvia que ya pasa
no cesa de verter su triste llanto,
¿cuál la causa será de su tristeza
que llora con sollozo de quebranto?

Llora y llora su llanto fecundante
con desconsuelo inmenso, con angustia,
¿será talvez que algún pérfido amante
el alma le dejó de pena mustia?

Llora, llora su llanto sin cesar,
y baña con sus lágrimas copiosas
los campos, la ciudad, todas las cosas...

Destila su nostalgia y su pesar...
¿Qué motivo tendrá la buena vieja
que de verter sus lágrimas no deja?

II

Esta sonante lluvia que no cesa
de derramar sus lágrimas heladas,
en el pecho me ha puesto su tristeza
y la hiel de sus penas ignoradas.

El eco de su larga letanía,
sus caricias constantes y sus besos,
han llenado de tedio el alma mía
y de humedad mis acerados huesos.

Mas, todo, todo sufre los rigores
de esta sonante lluvia que no cesa
de llorar sus congojas y dolores:

¡Es ley que decretó Naturaleza!
Pues todo, cuando llueve, se entristece,
y todo, cuando llueve, se entumece!

A M A N E C E R

Todo reposa en calma dulcemente
en el regazo de la noche bruna;
mas, de pronto, su luz, en el oriente,
prende Febo, radiante cual ninguna.

Despiértase la tierra emocionada,
y vístense los campos de oro y grana,
y aletea la brisa perfumada
sobre la paz azul de la mañana.

Sus arpegios melódicos y suaves,
radiantes de placer, todas las aves,
desgranan entre el fondo del follaje;

Mientras trinan también todas las fuentes
y copian en sus linfas transparentes
la gloria inmarcesible del paisaje.

MEDIODIA

En el cenit el sol está. Sus llamas
tienen la intensidad de ardiente fuego;
silba y solloza el viento entre las ramas,
mientras duerme la siesta algún labriego.

Al rigor de los rayos calcinantes
descienden las ovejas a las fuentes,
y preludian los grillos, incesantes,
sus querellas de amor, hondas y ardientes.

De su negro plumaje haciendo gala,
muy glorioso y triunfal, tendiendo el ala,
un cuervo graznador vuela fugaz...;

Mientras por el azul del cielo, ufano,
cual un ensueño roto y ya lejano,
un ampo flota de bonanza y paz.

O C A S O

Para el inspirado poeta, señor A. Campoverde
Andrade, cordialmente.

Sentado muellemente en su áureo coche
desciende el sol, con paso vacilante,
a sepultar su faz bella y radiante
en el lóbrego abismo de la noche.

El suave resplandor de sus fulgores
la enhiesta cumbre de los cerros dora,
en tanto una canción dulce y sonora
cantan los inspirados ruiseñores.

Las auras, por los bosques, vuelan; mugen
los mansos bueyes en el prado; crujen
los guaduales y vibran las esquilas;

Mientras como una novia desmayada
despierta la alba luna enamorada
a ofrendar la luz de sus pupilas.

MEDIA NOCHE

Todo tranquilo está; todo reposa
en medio de las sombras y el misterio,
y hay una paz tan honda y angustiosa
como en la soledad de un cementerio.

Es la hora de los duendes. Nada deja
oír su voz, su ritmo, su emoción;
no hay rumores de besos tras la reja
ni preludios de trovas de pasión.

Más, muy pronto se escucha tras los cerros
el lúgubre ladrido de los perros
que acechan la presencia del ladrón;

Y en la penumbra lóbrega se prende
la luz de una luciérnaga que enciende
sus mágicas linternas, con tesón.

PLENILUNIO

Cual una flor de ensueño y de esperanza,
ataviada de perlas y diamantes,
aparece la luna en lontananza
a derramar sus rayos deslumbrantes.

Al beso de su luz de plata pura
incéndianse las sombras nocturnales,
mientras copia su pálida hermosura
el arroyo fugaz en sus cristales.

Váse el agua llevándose serena
la imagen de la dulce luna llena
y la silueta fiel del verde monte;

En tanto, desde lo alto de su nido,
ensaya la lechuza su graznido
que muere en el confín del horizonte.

CREPUSCULO DE INVIERNO

Para Arcelio Ramírez.

Ocultando su faz tras la colina
envía el sol su floración de efluvios
a través del tamiz de la neblina
que se colora de matices rubios.

Modula entre las hojas su sonata
y derrama sus lágrimas la lluvia,
mientras canta tenaz bajo la mata
una cigarra su canción *montubia*.

Ocultos del follaje en la espesura
deshojan sus cantares, con tristura,
las aves, con su flauta de oro fino...

Mientras pace el ganado en la dehesa
y cabalga la noche, con presteza,
en la grupa del viento peregrino.

RETORNO DE PRIMAVERA

Ya se acerca Primavera
llena de luz y colores,
ya retorna placentera
engalanada de flores.

El sol, artista glorioso,
–mirífico paisajista–
con su pincel primoroso,
acrecentará, afanoso,
su gran prestigio de artista.

Prenderá todas sus lumbres,
esparcirá sus fulgores,
y sus rubios resplandores
dorarán valles y cumbres.

Con acento melodioso,
sus trinos arrulladores,
entre el bosque frondoso,
llenos de placer y gozo,
cantarán los ruiseñores.

ARMONIAS DE PRIMAVERA

Con su suavidad de seda,
desde lejanas regiones,
llegará la brisa leda
a deshojar sus canciones.

En cada flor surgirá
un nuevo germen de vida;
un nuevo encanto tendrá,
un nuevo néctar habrá
en cada planta florida.

Ya se acerca Primavera
llena de luz y colores,
engalanada de flores
ya retorna placentera.

Y por eso, jardineras,
en vuestros bellos jardines
ya veréis, placenteras,
frescas brotar y hechiceras
rosas, dalias y jazmines.

AL DOLOR

Hiéreme sin piedad si tú lo quieres,
oh monstruo del Dolor horrible y fiero,
que es muy dulce llorar cuando tú hieres
con tu fino puñal de negro acero.

Desgárrame no más, ¡oh vil felino!,
y bébete la sangre de mi herida,
que sufrir es hermoso y es divino,
que llorar es la dicha de la vida.

El Placer y la Dicha y la Fortuna
no son, acaso, breves llamaradas
que dejan al final la sombra bruna?

Hiéreme sin piedad, ¡oh vil felino!,
con tus agudas garras aceradas;
pues sufrir y llorar es mi destino!

A LA ALEGRIA

Acércate hasta mí, virgen hermosa,
y bésame en la boca dulcemente,
que el fuego de tus labios de oro y rosa
anhelo yo sentir con ansia ardiente.

Acércate hasta mí, flor primorosa
del brillo de la aurora sorprendente,
y vierte tu fragancia deliciosa
en el aire que aspiro suavemente.

Acércate hasta mí, paloma bella,
y endulza con la miel de tus ternezas
el acíbar de todas mis tristezas;

Acércate hasta mí, lírica estrella,
y rasga con la gloria de tu luz
de mi dolor el fúnebre capuz!

A LA CAMPANA

Campana funeral, triste campana,
el eco de tu voz mustia y doliente;
al oírte llorar esta mañana,
a mi pecho llegó muy tristemente.

Y yo también lloré. Tu triste acento
que sabe del dolor y la amargura,
el diáfano cristal del sentimiento,
rompió. Y lloré, lloré con gran tristura.

Es que llevo en el alma tal angustia,
es que llevo en el pecho tal herida
desde la hora fatal de mi orfandad,

que cuando oigo tu voz doliente y mustia
siento morir un algo de mi vida
y lloro mi desgracia sin cesar.

Zaruma, agosto de 1934

A MI MADRE

El eco funeral de esta campana,
¡oh madre de mi amor!, ¡oh madre mía!,
ha héchome llorar esta mañana
transido de mortal melancolía.

Tú fuiste para mí la dulce flor
que perfumó las horas de mi vida;
tú, la estrella de lírico fulgor
que iluminó mi senda ensombrecida.

Tú, madre, para mí lo fuiste todo:
encendiste la llama de mi vida
y me salvaste del dolor y el lodo.

Por eso, cuando gime una campana,
evoco tu memoria bendecida
y lloro como lo hice esta mañana.

Zaruma, julio de 1934

A MI PADRE

El árbol

I

¿Miras allá en la campiña
ese árbol mustio y añoso?
Pues era un roble gallardo,
vestido de hojas y ramas,
rico de savia fecunda
y de raigambres muy hondos.
Siempre robusto y erguido,
al aquilón desafiaba
y ante los crudos embates
de las tormentas de invierno,
indiferente vivía...
Su frente más bien alzaba
hacia el azul infinito
y más vigor y altivez,
firme y feliz demostraba:
brindaba más lindos frutos,
mejores ramas y flores,
sombra más fresca y espesa.

Pero el rigor de los años,
lo mismo que los azotes
del aquilón y el invierno,
minando fue su existencia;
y hoy ya lo ves, padre mío,
se encuentra viejo y enfermo,
marchito, anémico, triste.
Ya su cerviz altanera
al suelo inclina vencido,
y sus exangües despojos
–que rica sabia serán
y vida de nuevas plantas–
entregará muy en breve,
como tributo, a la tierra.

II

Me dices que en la campiña
miras al árbol añoso.
Pues cual ese árbol marchito,
así también fuiste tú.
Eras robusto y alegre;
a tu semblante teñía
de la salud el carmín
y palpitaba en tus venas
la juventud y el vigor.

Siempre con ánimo firme,
los recios golpes sufrías
del vendaval del dolor
y los sangrientos azotes
de la pobreza mordaz;
pero hoy te encuentras herido,
enfermo, débil, marchito:
en tu semblante ya no hay
el rosicler de otros días
ni en tus pupilas fulgura
de otras auroras la luz;
en tu cabeza rociaron
su blanca nieve los años
y el huracán del dolor
todas las flores tronchó
de los jardines de tu alma.

III

Talvez mañana aquel roble
al suelo caiga vencido
para ofrecer sus despojos
del leñador al reclamo;
y tú también, padre mío,
acaso bajes muy pronto
al tenebroso sepulcro
¡ay! a servir de sustento
a los hambrientos gusanos;

pero no importa morir
cuando en la vida se ha hecho
obra cabal y fecunda;
cuando jamás se prendió
de la discordia la tea,
ni se regó la calumnia,
ni las semillas del vicio;
cuando más bien se enjugó
del afligido las lágrimas
y se calmó las angustias
del infeliz mendicante;
cuando se dio siempre ejemplo
de lealtad y honradez
y se entonó la canción
del milagroso trabajo.
No importa, no, penetrar
a los ignotos dominios
de la fatal Segadora
cuando se tiene la palma
de una conciencia sin mancha;
cuando, a la imagen del roble,
tranquilamente se muere,
dejando gratos recuerdos
y las semillas sembrando
de la virtud y el honor.

AL RELOJ

Tú que pulsas el ritmo de la vida
con tu grave monótono tic-tac,
y anuncias al enfermo su partida
a la ignota región del Más Allá;

Tú que mides del tiempo la distancia
con la medida mágica que tienes
y yaces en el fondo de la estancia
contando de las horas los vaivenes;

Tú que tienes el alma hecha de acero
insensible a los gritos del sufrir
y a las sonrisas del amor fecundo;

Anhelo que me digas, muy sincero,
el instante que deba yo partir
del gran playón de este maldito mundo.

CARMEN CORNEJO DE ESPINOSA

Es una flor de la vida,
es una blanca violeta
en el vergel escondida,
dulce, modesta y discreta.

Su corazón es un vaso
lleno de aromas y miel.
Ella deshoja a su paso
las sacras rosas del Bien.

Como su luz, silencioso,
nos manda el sol de la tarde,
ella, temblando de gozo,
practica el bien, sin alarde.

Cuando a pedir un mendigo
llega a su casa dichosa,
encuentra pan y halla abrigo
y una sonrisa piadosa.

Y si halla un alma sumida
en negra noche de duelo,
ella le venda la herida
y le prodiga consuelo.

Nunca a su pecho estremece
la vil pasión del rencor,
siempre en él brilla, florece
la Caridad y el Amor.

Es como madre, modelo;
y como esposa, también;
es un reflejo del Cielo
su alma, que sabe del Bien.

Y porque guarda en su pecho
tanta virtud escondida,
amores, pan, blando lecho
tiene feliz en la vida.

Ese es el premio, a mi ver,
que sabe Dios ofrendar
a toda santa como ella,
que siempre el bien sabe hacer
sin recompensa esperar.

A SUCRE

En el CXI aniversario de
la batalla del Pichincha.

¡Oh noble y valeroso hijo de Marte!,
quisiera que mi lira en este día
desbordara raudales de armonía
para poder tus glorias yo cantarte.

Mas, ¿qué podría en mis cantos expresarte?
¿Qué podría decir el arpa mía
a tu gloria, grandeza y gran valía?
¡Nada, sí, nada que pudiera honrarte!

Por eso, sólo quiero en este día,
¡oh Héroe!, ¡oh genial hijo de Marte!,
mi gratitud ardiente presentarte

en nombre de la dulce Patria mía
por el tesoro que le dio tu espada:
LA LIBERTAD, LA LIBERTAD sagrada!

JUAN MONTALVO

Un genio fue. Un astro sin segundo
del cielo de la lengua de Cervantes,
que vertió, como lluvia de diamantes,
la luz de su saber por todo el mundo.

Soldado valeroso de la Idea
jamás abandonó su noble espada;
blandíala con furia despiadada
mientras era más fiera la pelea.

Fuerte en la lucha y en el odio ciego,
adversario feroz de los verdugos,
era con sus amigos paz y amor...

Y adoraba a su Patria con tal fuego
que libre de cadenas y de yugos
ansiaba verla con afán y ardor.

ELOY ALFARO

Este grande y glorioso hijo de Marte
fue de la Patria un nuevo redentor;
portando un Ideal por estandarte
luchaba con denuedo y con furor.

Vencido a veces y otras vencedor,
el laurel suyo fue de la victoria;
y feliz otra vez el Ecuador
tuvo luz, libertad, progreso y gloria.

En alas del Pegaso de la Fama
su nombre venturoso ha coronado
la cumbre luminosa de la Gloria,

Y hoy su inmortal grandeza lo proclama
de un pueblo redentor iluminado
y señor de los fastos de la Historia.

CONTESTACION

A mi apreciado amigo,
Sr. Héctor A. Toro B.

Me dedicas tus versos cordialmente,
y, cordialmente, yo te agradezco;
mas debo confesar que, francamente,
me has hecho un alto honor que no merezco.

Me llamas poeta, bondadoso amigo?
De inspiración a mi labor *acusas*?
Será verdad que a departir conmigo
bajan de Olimpo las divinas Musas?

Yo no lo sé!... pero es verdad que siento
arder dentro de mí tan viva llama,
que ilumina su luz mi pensamiento
y su calor mi corazón inflama.

Yo no lo sé!... pero a los mil encantos
que la infinita creación encierra,
ansía mi alma en inefables cantos
llenar el cielo y deleitar la tierra.

ARMONIAS DE PRIMAVERA

La excelsitud de los nevados montes,
la inmensidad del mar y sus rugidos,
por bellos e ignorados horizontes
me arrebatan el alma y los sentidos.

Al resplandor de las sidéreas galas,
que bordan de oro el infinito velo,
siento ansiedad de desplegar las alas
y remontarme hasta besar el cielo.

Al primor de las flores, que fascina,
al canto de las aves, que estremece,
esa luz celestial que me ilumina
siento que en mi alma se dilata y crece.

A los tristes murmullos de una fuente,
que en hilos de cristal llora sus penas,
cruzan sombras de luto por mi frente
y llanto de dolor corre en mis venas.

Cuando de amor mi corazón delira
y mi alma se extasía en sus encantos,
no puedo menos de pulsar la lira
para ensayarme en deleitosos cantos.

Ay, el amor!... el misterioso fuego
del más dulce placer que hay en la vida!
por el corazón, divino, ciego,
busca la luz de la deidad querida.

A la dulce embriaguez de sus caricias,
a la grata opresión de sus abrazos,
se abisma el corazón en las delicias
del edén que palpita entre sus brazos.

A las plantas del ídolo postrado
bebe luz de los cielos en sus ojos,
y ansía por morir envenenado
en la dulzura de sus labios rojos...

Si este amor a lo bello es poesía,
poeta debo ser, y a Dios bendigo,
y será inspiración esta agonía
que hubo nacido y morirá conmigo...

Justo es que cantes tú!... Brilla en tu fuente
la inspiración que hace vibrar tu lira.
Ya la mía se apaga: débilmente
al rumor de mis lágrimas, suspira!

Tú estás en plena juventud y puedes
cantar con dulce voz... Felices años!...
Mi acento es del que gime entre las redes
de amargos y profundos desengaños!...

ENRIQUE PAREDES LARREA

Portovelo, 30 de abril de 1934.

Contenido